

LIBROS

Una conciencia española

He querido dejar que pase un tiempo antes de hacer este comentario. He querido que pasen las voces que desde distintas procedencias se han levantado contra Laín Entralgo, y que me parecan un tanto agrias, un tanto destempladas. Es tan insólito —pienso yo— el caso de un hombre con su prestigio intelectual y público sólidamente cimentado que se adelante a pedir perdón, a descargar su conciencia ante los demás, que, al menos en un primer momento, carecemos de dispositivos adecuados de respuesta, no sabemos literalmente qué hacer con una confesión semejante. Quién más, quién menos hemos tenido que hacer tantos esfuerzos para componer nuestra precaria imagen —nuestra máscara, que eso se dice que quiere decir persona— que el espectáculo de alguien que no duda en descomponer la suya, en manifestar que se siente insatisfecho de una buena parte de lo que fue su vida, nos sume en la perplejidad, en la estupefacción, tal vez en el encono. Y, sin embargo, ¿a qué tantos aspavientos, por qué tanto asombro? En algún sitio dejó dicho Tomás de Aquino algo tan simple como esto: "Es propio del sabio cambiar de parecer". ¿No será mejor reservar nuestra admiración y nuestro tan respetuoso como decidido distanciamiento para los hombres de una pieza, para quienes siguen en sus trece, siempre erre que erre, para aquellos a los que, según un cierto modismo popular, no les cabe la menor duda?

Después de todo, no son tantas las cosas de las que Pedro Laín Entralgo nos dice hallarse arrepentido. En ningún pasaje de su libro dice arrepentirse de haber sido generoso siempre, honrado y veraz. Tampoco parece que se arrepienta de haber buscado siempre con denuedo la autenticidad de su propio ser, de haber tratado sin desaliento —o a pesar de los desalientos— de ser él mismo, tal y como su íntima vocación de hombre se lo requería. Confiesa —y, que se sepa, nadie ha podido acusarle de falaz— no haberse manchado nunca las manos ni la conciencia con sangre, dinero u honor ajenos. Entonces, ¿de qué se arre-

piante? Se arrepiente, y además solemnemente, de haber sido fascista, de haber pertenecido a la Falange, de haber creído en sus valores morales, de haber confiado en la victoria de la Alemania nacionalsocialista... Por mi parte he de confesar, como español bastante cansado, que diría Francisco Umbral, que el asombro no me lo produce la confesión de Laín Entralgo, sino el hecho de que sea sólo él quien se confiese y arrepienta. Yo creía, ingenuo de mí, que en España había habido muchos fascistas, y que bastantes de ellos estaban arrepentidos. Además, también había pensado —dicho sea en su honor— que otros que no habían sido fascistas se sentían también arrepentidos. Somos muchos los españoles de hoy que, después de cuarenta años de estar escuchando historias de buenos y malos, no estamos dispuestos a que nos las sigan contando, sólo que al revés. (Al escribir lo que precede, me viene a la memoria un testimonio particularmente impresionante —lo fue al menos para mí— y no sé si debidamente tenido en cuenta: el de Manuel Tagüeña Lacorte en su autobiografía Testimonio de dos guerras, México, 1972. En una contextura vital muy distinta, y sin que propiamente manifieste tener que arrepentirse, es evidente que no se sintió menos insatisfecho de lo que tuvieron que ser sus derroteros. Con fascistas como Laín y antifascistas como Ta-

chas, me confirmaba en mi incierta y primeriza visión de aquellos hombres, adivinados más que conocidos a través de lecturas fragmentarias y más o menos prohibidas. Para mí, y para siempre, Laín Entralgo será el hombre que me proporcionó una imagen de España y de su Historia, una imagen generosa de sus hombres, una voluntad de asunción —la palabra y sus derivados expresan la idea clave de toda la empresa intelectual de Laín— de todo lo valioso a lo largo y lo ancho de nuestra cultura. Esa es la razón fundamental por la que yo —y pienso que muchos españoles de mi generación— me siento hondamente agradecido a su magisterio. Ya sé que estamos en un tiempo sin maestros, y que su función ha venido a quedar en múltiples ocasiones maltrecha y a parar en menester malafamado y poco menos que indigno. Pero he observado que los que rechazan a los maestros acaban por tener a otros, sólo que peores. Prefiero reconocer a los míos y no dejar que se me cuelen por la puerta de atrás.

Pues bien, Pedro Laín Entralgo ha desempeñado —él diría que deficientemente, nosotros que con autenticidad intelectual y honradez ética cabales— un magisterio verdadero. Se quejó en alguna parte, y en esta su autobiografía lo repite, de que la vida de España le pusiera en el trance de tener que enseñar a otros más jóvenes cuando su

jo, Vivanco...). Y así es como en las páginas de Descargo de conciencia se nos muestra.

No creo que a las generaciones de españoles posteriores a la guerra civil nos deba interesar demasiado preguntar a nuestros mayores dónde estuvieron, ni de qué parte militaron, sino cómo fueron entonces, después y hasta ahora. Y a esa pregunta, Pedro Laín Entralgo puede responder inequívocamente, sin que se empañe en absoluto su limpia mirada de buen aragonés, sin que le tiemble una voz que aprendimos a escuchar en ya lejanos días de la Universidad de verano de Santander.

Muchas son las cosas que un lector atento y sin prisa —no se deja leer así como así la prosa de Laín, densa, un tanto dura, con un cierto pedantismo analítico que si la dota de gravedad le resta fluidez— puede hallar en este libro. Están en primer lugar las imágenes familiares. Vibra una emoción contenida en la evocación de sus padres, de su hermano; un estremecimiento al recordar el asesinato de su suegro ("¿Dónde y con quién estaba yo?"). Están los perfiles de tantos y tantos personajes de la vida española; es evidente que Laín rehúye su enjuiciamiento taxativo; pero ellos mismos, con palabras o con actos, son quienes con harta frecuencia se condenan. Pedro Salinas, negándose increíblemente a un simple acto de urgente humanidad (¿o no lo vio él así?); Eugenio d'Ors, organizando una farsa inverosímil y a dos dedos del sacrilegio en una iglesia de Pamplona; aquel líder de la Falange tratando de no tener que explicar el significado de la unidad de destino en lo universal, o aquel obispo franciscano, mucho más penitente en la denuncia que en la disculpa...

Pero está sobre todo algo inquietante, algo dramático. La reflexión crítica de Laín sobre los años de la guerra civil nos hace ver cómo las circunstancias que rodean a los individuos, cómo el entrelazamiento de los acontecimientos históricos, deciden de lo que ellos crean que son sus opciones; cómo se encuentran haciendo cosas que ellos no han decidido hacer, pensando ideas que se diría que las han escogido, en vez de ellos a ellas, y cómo la empresa de ser hombre, la ejecución de la propia libertad, consiste en irse desembarazando de toda aquella ganga que le está haciendo ser a uno lo que no quiere ser, hasta poder llegar a sentir el alivio de no tener que seguir diciendo: "Este no soy yo", sino, por fin, "Este sí que lo soy"; el reconocimiento de uno mismo. Sin duda habrá muchos seres humanos, tan valiosos o más que el que nos ocupa, que



Pedro Laín Entralgo.

güña, no hubiera habido guerra civil entre españoles. Pero, ¿qué es esto sino vanas consideraciones de un español desconcertado?...

Allá por los años cuarenta, era muy poco lo que los infortunados niños de la posguerra podíamos leer. El profesor de literatura se refirió con elogio a un libro y a un autor recientes: La generación del noventa y ocho, de Pedro Laín Entralgo. Busqué el libro y lo leí. ¡Oh maravilla! el libro corroboraba mis sospe-

propia mente se hallaba a medio formar. Admitámoslo. Pero añadamos que, aparte de los no escasos saberes que ha sabido irnos comunicando —historia de la cultura, antropología...— su magisterio ha consistido —consistió desde muy pronto— en enseñarnos a ser, ha sido un magisterio primordialmente ético. (Y no olvidemos tampoco señalar que esto es algo que le debemos no sólo a él, sino a los más egregios de sus compañeros de generación: Tovar, Aranguren, Ridrue-

no habrán experimentado semejantes atosigamientos a vueltas consigo mismos. Pero el denuedo con que Lain vivió su propia condición hasta las heces, su propio cáliz de amargura, y la evidencia intelectual con que nos la comunica, son algo impagable, una verdadera terapéutica de la conciencia española, de muchas conciencias españolas, al menos.

La lectura de *Descargo de conciencia* no es siempre una lectura grata. Su autor no lo ignora, sin duda. Estas páginas constituyen en buena parte el relato de un tiempo de infamia, de la interminable noche de los enconos largos que suponen cuarenta años de Historia española basados en la ignorancia sistemática, y aun la supresión tajante del otro, de los otros: algo, ante todo, no lo olvidemos, radicalmente anticristiano. En este sentido, Lain está en lo cierto al echar mano nuevamente de un concepto, hoy tal vez dejado a un lado por los teólogos, pero que no deja de ofrecer posibilidades de uso sociológico: el de **pecado histórico**. Hubo efectivamente un pecado histórico de la sociedad española, hecho de dureza mental y cordial y de apego a los propios e inmediatos intereses, y no podemos, por desgracia, sentirnos muy seguros de que no vaya a reincidir, a determinados niveles al menos, en el mismo pecado en el futuro. Pues bien; Lain fue de los pocos españoles que se negó desde el principio a caer en semejante tentación.

Al descargar su conciencia de los que considera sus muchos errores, y aun de lo que se le presenta como su relativa participación en aquel pecado histórico, me parece que Lain se equivoca en una cosa: creyó ser fascista y sigue creyendo haberlo sido. Pero, ¿lo fue en realidad? Pienso que su adscripción no pasó de una pura connotación exterior y postiza, y que en rigor no lo fue, porque **no tenía que serlo**, porque su talante no tenía nada que ver con el fascismo. Lo prueba su comportamiento privado y público, y el hecho de que, al verse libre de lo que había sido su fisonomía adventicia, acabó por encontrarse con el que en realidad había querido ser siempre, y, en suma, siempre había sido.

Una frase pronunciada por Lain en la presentación de su libro ha movido los ánimos de manera singular. Aquella en la que dijo: "Quien me diga estar satisfecho de su propio pasado, es un farsante o un imbécil". Habremos de admitir que la frase no posee un gran acierto formal, que incluso no la hubiésemos imaginado en sus labios si él no la hubiera pronunciado. Pero que me perdone mi admi-



Angel González.

rado y siempre lúcido "Pozuelo" —por una vez, y peligrosamente, en la vecindad de "Argos"— si entiendo la frase no como descalificación de quien no ha tenido que rectificar su rumbo, sino como sospecha ante quien, con rectificación de rumbo o sin ella, no se ha esforzado por mantener su vigilia y su exigencia y carece por tanto de la conciencia de que las cosas pudieron hacerse mejor que como se hicieron. La llamada de la perfección —y a pesar de sus inevitables connotaciones religiosas— se inscribe en nuestra común raíz. Es el destino de los hombres que quieren serlo. ■ FRANCISCO PEREZ GUTIERREZ.

## Un nuevo libro de Angel González

Dentro de unos días aparecerá en las librerías el último libro de poemas de Angel González, editado por Ediciones Turner en su colección *Beltenebros*: "Muestra de algunos procedimientos narrativos y de las actitudes sentimentales que habitualmente comportan". Un título desmesuradamente largo y acaso un tanto historiado, ajeno a la sobriedad de los títulos de otros libros del poeta: "Aspero mundo", "Grado elemental", "Tratado de urbanismo", "Palabra sobre palabra"...

Sin embargo, la extrañeza acaba pronto. La lectura del libro nos devuelve la imagen de ese excepcional poeta que se llama Angel González. Asturiano, licenciado en derecho, periodista, funcionario del Estado, profesor universitario actualmente en los Estados Unidos, Angel González es autor de una obra en verso relativamente breve, pero extraordinariamente ho-

mogénea y de calidad singular. Componente, junto con Jaime Gil de Biedma, José Agustín Goytisolo y José Angel Valente, de la que ha sido llamada segunda oleada de la poesía social, su nombre ha tardado relativamente poco en imponerse como el de uno de los maestros de nuestra lírica de posguerra. Con asiduidad ha venido ofreciendo a los lectores sus entregas de poesía: unos cuantos libros redondos, acabados, donde nunca se pretende más de lo que se puede realizar, adecuados plenamente al propósito de un poeta para el cual la poesía ha sido y es —por repetir una frase famosa— "un instrumento entre otros para transformar el mundo". ¿Ingenuidad? Después de una larga temporada de aburrimiento neoformalista, quizá haya llegado el momento de volvernos hacia una concepción de la literatura que, entre otras cosas, no pretende que el texto literario agote su sentido en sí mismo, sin proyectarse hacia ningún área de la realidad. Nuestros poetas sociales —aunque quizá ya sea hora de empezar a llamarlos simplemente poetas realistas, que posiblemente sea su nombre más adecuado—, no quisieron ser nunca más de lo que eran y no cayeron en enfáticos profetismos. Fueron —son— testigos de su tiempo a un nivel estético elevado. Ni más ni menos.

"Muestra de algunos procedimientos..." sigue en la trayectoria realista de la poesía de Angel González. Un realismo que, casi da sonrojo decirlo, no supone vulgaridad, grisura de lenguaje, falta de imaginación, etc., sino todo lo contrario. El realismo poético de Angel González, como el de Gil de Biedma, el de Valente y, más lejos en el tiempo, el de Otero, Celaya, Nora o Hierro, es un esfuerzo de revelación de esa realidad oculta que, tras las

apariencias, tienen las cosas de la Naturaleza y de la Historia. Angel González nunca ha sacrificado su yo lírico a un nosotros colectivo, más o menos auténtico. Ha sabido combinar con maestría el yo y el nosotros, siguiendo el dictado machadiano de ser un poeta dentro del tiempo. Así su experiencia individual se ha tenido de pasión colectiva y su peripecia poética ha reflejado una parte de esa Historia en la cual estamos todos atrapados. Su último libro sigue siendo fiel a esa tensión dialéctica entre el yo individual y el nosotros que ya aparece en sus primeros libros. Desde el primer poema de esta su última colección, el poeta nos dice que quiere negarse a la nostalgia y a la contemplación masoquista del tiempo ido. Pero a la vez sabe que vive bajo su imperio. Por ello el ser social del poeta es más conflictivo; no se trata de eliminar la experiencia existencial y ahogarla en una sentimentalidad épica cada vez más difícil. Se trata más bien de hacer más comprensible aquella inscribiéndola en el contexto de un momento histórico que, como tal, nos concierne a todos. Así, Angel González nos hace llegar su voz que canta la implacable usura del tiempo que destruye cuerpos o ideas con tremenda imparcialidad; pero también evoca el recuerdo de un viaje a Chile en 1972, desde la terrible realidad de la contrarrevolución fascista ("Surgidos de la bruma —era ayer o mañana?— albatros quietos, levitando arriba —serenaban el aire con sus extensas alas—. Todo encalló en un tiempo amargo y sucio. —Ahora, —asomando sobre las aguas, —la arboladura rota de esos días— tan sólo exhibe buitres en sus jarcias") y la muerte de Salvador Allende y de Pablo Neruda. En pocos poetas es tan aplicable el discutible concepto de "literatura comprometida" como en Angel González, a condición de que lo ampliamos lo suficiente como para abarcar una realidad rica y compleja. Angel González, por ejemplo, no escribe una poesía política que repita desganadamente clichés o consignas: su poesía política obedece a una urgencia personal, subjetiva, tan insistente, tan inapelable, como la que le lleva a hablarnos de un cuerpo desnudo, de un paisaje, de una pieza musical.

El último libro de Angel González nos trae, una vez más, a un poeta que se confirma como uno de los más importantes de nuestra poesía de posguerra. "Muestra de algunos procedimientos..." es, sin duda, uno de los mejores libros de poesía que nos ha sido dado a leer en estos años. Es el libro de un poeta en la plenitud de sus recursos, de